

Editorial

Las relaciones entre el espacio físico y el espacio social han producido en las ciencias sociales de los últimos ciento cincuenta años objetos analíticos que enfatizaron distintos aspectos de la cuestión. Probablemente se pueda pensar en un extremo, en miradas que en el siglo XIX parecían sugerir el carácter determinante de ese espacio físico sobre las formas de vida e ideas de los grupos sociales sobre los que se asentaban, y, quizás en el otro, en las últimas décadas, en los intentos de dar cuenta de los nuevos fenómenos producidos en este sentido por la extensión de las redes informáticas. En este último caso conviven aproximaciones complejas junto a una infinidad de discursos más preocupados por anunciar un cambio de época y profetizar sobre las consecuencias de los nuevos medios sobre la organización política, económica social y cultural de las sociedades, que por formular alguna buena pregunta, sostenida en lo que en la década del sesenta un sociólogo llamaba imaginación sociológica.

Claro, entre estos puntos extremos dibujados con cierta simplificación hay múltiples abordajes, pero quizá convenga recordar la atención prestada por diversos autores portadores de distintas perspectivas teóricas, al paso —como lo describiría Tönnies— de una vida comunitaria a otra asociativa caracterizada por la primacía de las relaciones sociales secundarias, la segmentación de los papeles sociales y la multiplicidad de las pertenencias, que se expresaban en un nuevo escenario: la gran ciudad. Paradójicamente el personaje que condensa mejor algunas de las características que habrían de destacar los estudiosos del problema es el Leopoldo Bloom en el *Ulises* de Joyce. Hombres de un tiempo nuevo que circulan en un nuevo espacio; espacio de multitudes anónimas e indiferentes y que además reciben de esa compleja estructura urbana una impresionante multiplicidad de estímulos. Esa disposición indiferente, basada en el hastío, la acti-

tud *blasée* de la que habla Simmel, parece ser un elemento de estos nuevos tipos sociales producidos por la metrópoli. Leopoldo Bloom camina con su moderno mundo mental por las calles de una Dublin (y esta es la paradoja) que si bien presenta algunos de los signos de esta nueva estructura metropolitana, todavía seguramente conserva en esas primeras décadas del siglo XX, muchas más de una gran aldea. No obstante, Bloom es el arquetipo del nuevo hombre metropolitano y seguramente sus contornos ya se habían comenzado a dibujar antes en dos personajes que transitan dos grandes relatos de la lengua inglesa: Wakefield y Bartleby.

Las grandes capitales europeas se convertían en un fenómeno observado por los clásicos de las ciencias sociales en el siglo XIX; en los albores del XX una ciudad provinciana sostiene al personaje literario que condensa el clima de ideas de la época sobre el nuevo tipo social urbano; y, para la segunda década de ese mismo siglo, en Chicago, surge la preocupación específica de las ciencias sociales por observar un verdadero fenómeno de crecimiento urbano producto de la inmigración europea. Quizá no sea extraño imaginar por qué en este contexto, la escuela de la Universidad de Chicago produce, de la mano de Robert Park, la problemática categoría de marginados que pudo circular con productividad (y seguramente con sentidos diferentes) durante más de cinco décadas. Chicago crecía abrumadoramente como lo hacían otros espacios receptores de la inmigración. En 1860 contaba con 120.000 habitantes y en 1920 1.870.000. Una similar situación estructural había generado desde fines del siglo XIX preocupaciones por el estudio sociológico de estos nuevos conglomerados, en los ámbitos universitarios de Buenos Aires. Desde la primera cátedra de sociología en 1898, Antonio Dellepiane promovió la investigación, como lo hicieron Leopoldo Maupas y Ernesto Quesada, aunque la voluntad no se concretó en proyecto y quedó en las inquietudes de las cátedras. La presencia de la masa migratoria (que en un momento en Buenos Aires supera en número a los nativos) había promovido más que un análisis inmediato de las transformaciones de ese presente, la elaboración de una narración histórica que contribuyese a construir una identidad nacional en ese mundo fragmentado, sobre todo, culturalmente.

La segunda fundación de la sociología argentina a fines de los años cincuenta pone nuevamente en el centro de la escena la cuestión de la relación entre espacio físico y espacio social atendiendo al proceso de urbanización. Las migraciones internas, el paso rural urbano observado como transformación cultural, y allí lo que constituirá un lugar central de la sociología argentina: el peronismo. Los problemas que construía esa sociología eran, sin duda, los problemas de una so-

ciudad en crecimiento: los migrantes internos y sus características culturales posibles de manipulación política, su organización y ubicación espacial en la ciudad, la cuestión de la marginalidad en sus distintas dimensiones, etcétera. Algunos personajes populares de la literatura de Bernardo Kordon de los años cincuenta y los provincianos de Daniel Moyano, recorren una ciudad que en sus reacciones más agresivas los ubica en sus sórdidos fondos, pero sin embargo ese espacio luminoso y complejo es también el lugar de realización de una poderosa apuesta por la integración. Y son apuestas sostenidas en la fuerza de expectativas colectivas con gran productividad cultural. La movilidad social está lejos de resultar sólo un mito republicano y progresivamente los espacios de la ciudad se conquistan achicando las distancias culturales. Efectivamente, se podría sostener sin demasiadas vacilaciones que con sus variantes, las lentes que observaron ese fenómeno lo hacían sobre procesos económicos sociales que eran de crecimiento y pueden leerse en el largo plazo como momentos –traumáticos, conflictivos, con avances y retrocesos– de un significativo proceso de movilidad social ascendente.

Las profundas transformaciones estructurales y culturales ocurridas en las últimas décadas han afectado diversas sociedades, aun las que se denominan desarrolladas. La flexibilización del mercado de trabajo y el extremo crecimiento del desempleo junto al debilitamiento de instituciones tradicionales como los sindicatos y otras instituciones públicas ligadas al Estado de Bienestar, generan una situación de ruptura de redes sociales conformadas en relación con estructuras económicas y políticas del viejo orden. Sin embargo, aunque este sea un proceso general, las drásticas transformaciones ocurridas en la sociedad argentina tienen su singularidad, por su intensidad y, sobre todo, porque suponen la convivencia de obstáculos estructurales para la realización de esas expectativas de movilidad, con su persistencia cultural, en grandes franjas de la población. A los profundos cambios en el mercado de trabajo y el crecimiento insólito de la desocupación se le agregan una profunda debilidad de las instituciones republicanas y una ausencia de objetivos trascendentes sostenidos en experiencias colectivas. Y entonces, sobreimpresa a la profunda transformación económica, habría que suponer la existencia de lo que Durkheim llamaría una crisis moral.

Y es en esta crisis moral donde las relaciones entre el espacio físico y el espacio social adquieren formas dramáticas. La democratización social y cultural, y las consecuentes expectativas igualitarias conformadas a lo largo del siglo XX redujeron las distancias culturales en la estructura social argentina. A su vez, la fragmentación social producto de los cambios estructurales de las últimas décadas produjo

fragmentaciones espaciales y distintas relaciones sociales que no ocluyeron la fuerza de las mencionadas expectativas igualitarias. Sólo que estas no encuentran ni el espacio político donde expresarse, ni la puerta a un camino más o menos real que prometa su realización. Y si bien en los extremos de la estructura social están, por un lado las fortalezas amuralladas, con seguridad privada, en las que algunos creyeron ver los indicadores de un proceso de neofeudalización, y por el otro, el espacio homogéneo de barrios que en su totalidad no tienen inserción en el mercado de trabajo ni circulación dineraria (a no ser escasos ingresos resultado de la venta de droga barata), y pueden depender para su reproducción exclusivamente de un plan alimentario del Estado, hay también una extensa y heterogénea zona intermedia de difícil delimitación en la que, bajo otras formas, se sigue manifestando la singularidad de la sociedad urbana en Argentina. Distintas experiencias laborales, de relación con la escolaridad formal, con la salud, con la política, con la policía, con los consumos culturales, se recomponen como pequeñas y débiles identidades defensivas fragmentadas que pueden manifestarse en espacios físicos comunes. Allí conviven en forma simultánea una serie de elementos que expresan los reprocesamientos en un contexto de debilidad cultural de otro momento de la sociedad argentina. Barriadas enteras, por ejemplo, que desde los años sesenta y setenta se conformaron con jefes de familia obreros de distinta calificación se convierten en verdaderas babel socioculturales. Y no precisamente la babel cosmopolita y esperanzada del mundo obrero de principios de siglo. Si quizás hasta los años ochenta tenían el ritmo rutinario impuesto por el trabajo y una homogeneidad ocupacional y de consumos, hoy generan una heterogeneidad de tipos sociales que hace difícil presuponer que la caracterización por el lugar de residencia pueda resultar efectiva a primera vista. Allí conviven maestros hijos de obreros, junto al ex operario de baja calificación desocupado que trabaja de cartonero, un joven cadete de oficina, un remisero con auto propio, un chofer de colectivo, un policía; y entonces, los que todavía son trabajadores formales integrados, con el cuentapropista propietario de un auto y los nuevos trabajadores informales de la miseria o los desocupados que viven de un plan alimentario. También es posible encontrar en las zonas más subordinadas de esos espacios complejos y resistentes a la homogeneización, un tipo social similar a los de otras grandes ciudades del mundo, pero sin embargo la persistencia de tradiciones de movilidad social ascendente hecha cuerpo, junto a una pesada y transparente ausencia de futuro les otorgan cierta singularidad trágica: grupos de adolescentes y jóvenes, verdaderos nihilistas contemporáneos, que circulan con tiempos distintos a los de la cultura del trabajo por el es-

pacio barrial inmediato que aparece como el centro de la vida cotidiana, alternando en papeles de delincuente circunstancial, trabajador temporario, vendedor de droga barata, alumno de un deteriorado colegio secundario, etcétera.

En una sociedad en proceso de movilidad social descendente, fragmentada real y simbólicamente, la relativa correspondencia que puede haber entre los lugares que las personas ocupan de manera más o menos permanente y sus características socioculturales, o, si se quiere, las formas de reproducción del espacio social más o menos deformadas en el espacio físico, se hacen más difíciles de presuponer debido a las temporalidades culturales diferenciales reprocessadas en débiles identidades defensivas.

Robert Nisbet ironizaba sobre Simmel, quien construyó como objeto analítico una ciudad poblada de mentes egoístas, aisladas y enajenadas, sosteniendo que ese autor había vivido, no obstante, con toda felicidad y con las más estrechas amistades en el contexto urbano. La situación de extrema fragmentación de la sociedad argentina quizá no deba inhibir la posibilidad de pensar la reconstitución de tramas sociales. Lo cierto es que esos procesos pueden tener distinta densidad y significación y, por supuesto, no tienen por qué estar asociados a mejores condiciones de vida.